

Y con voz formidable te saluda  
 El soberbio elefante en el desierto.  
 El carro solitario de la Osa  
 Halla en el mar incógnita guarida,  
 Y, vencedora al fin, surges radiosa  
 ¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

---

**JUAN B. HIJAR Y HARO.**

---

Á EMILIO CASTELAR.

I

HOJAS DE OTOÑO.

Id por el mundo en paz, mis pobres versos;  
 Las alas desplegad, cruzad los mares,  
 Y llevad estos cantos de tristeza  
 A la sagrada tumba de mis padres.

Allá, donde las tórtolas arrullan,  
 Bajo las frondas de los verdes sáuces,  
 Colgad mi lira rota y que en sus cuerdas  
 Rompa la brisa en lastimeros ayes.

Mustia corona de inodoras flores  
 Que de mi frente pálida brotaste  
 Para regar tus pétalos marchitos  
 En las dormidas sombras de la tarde;

Presentimientos de la dicha humana;  
 Cantos y amores de mi hogar errante,  
 Id á buscar la noche de la vida  
 Que el fin se acerca de tan largo viaje.

Pero al pasar por donde duerme Laura,  
 Sobre las flores que en su tumba nacen,  
 Dejadle, como prendas de recuerdos,  
 Todos los besos que en mi labio laten.

Y si no he de volver, si mi destino  
 Quiere que ausente mi existencia acabe,

En el sepulcro de mi caro hermano  
 Todo mi corazón también dejadle.

De mis buenos amigos á la puerta  
 Llegad, cantando cual viajeras aves,  
 Que os pedirán noticia del ausente  
 Viendo que vais enviados de mi parte.

De la Ibera Nación cantad la gloria,  
 Que si Reina y Señora, fué una madre:  
 Como hermana y guerrera nuestras águilas  
 Volarán con el león á los combates.

Feliz me dió, cuando viví en su seno,  
 Con ese instinto que heredó del árabe,  
 Un lugar de familia en sus banquetes,  
 Y una arpa de consuelo en mis pesares.

Allá el proscrito de la hermosa América  
 Encuentra siempre, al declinar la tarde,  
 Sabroso pan y delicioso vino,  
 Cariño al fin de cariñosa madre!

De mi dulce Beatriz rodó la cuna  
 A la orilla del claro Manzanares,  
 Y bañó con la espuma de sus ondas  
 Esta preciosa flor de mi linaje. . . .

Id por el mundo en paz, mis pobres versos;  
 Las alas desplegad, cruzad los mares,  
 Y llevad estos cantos de tristeza  
 Al asilo feliz de mis penates.

Volad, huérfanos cantos, á la patria,  
 Como las secas hojas de los árboles  
 Que el tiempo arranca y el olvido lleva  
 Por la noche sin luz de las edades.

Tended el ala rota, y si en la espuma  
 De las marinas olas zozobraseis,  
 Encontrareis velado por la muerte  
 El sarcófago inmenso de los mares.

Volad bajo ese piélago que surcan,  
 Como naves de luz y de diamante,  
 Esos astros que llevan silenciosos  
 Quién sabe si otras mil humanidades.

Si propicios los Cielos y el destino  
 Os llevan á la patria, al fin del viaje,  
 Contad que en la ciudad de las tristezas  
 Vagando entre ruinas me dejasteis.

Aquí donde los rayos de la luna  
 Del arco roto por la hendida clave,  
 Como espectros de luz, cortan las sombras  
 Sobre las tumbas que en el suelo se abren:

Donde en tropel murallas y acueductos  
 Los flancos cenicientos dan al aire,  
 Cual carcomidas vértebras que anuncian  
 Los insepultos restos de un gigante:

Desde el alto peñón donde Virgilio,  
 Bajo el haya frondosa y los pinares,  
 Hace pulsar á Tí tiro la avena  
 Y balar á los tiernos recentales:

En donde bajan de empinados montes  
 Las sombras soñolientas de la tarde,  
 Y sube el humo de las pardas chozas  
 Como torres azules en los valles:

Donde el Cisne de Mantua, solitario,  
 Los amores cantó de los zagales,

Y del Troyano Príncipe la historia  
Por el vasto desierto de los mares:

Desde el mismo peñón contemplo triste,  
Bajo un crespón de cándidos celajes,  
A la vencida Reina de las gentes  
En su sepulcro de musgosos mármoles.

Por dondequiera que mis pasos lleve  
No hay sitio en que mi planta no resbale  
Sobre escombros en olas esparcidos  
Por el inmenso mar de las edades.

Desde Tíber al alto Capitolio  
No hay una sola piedra que no me hable,  
Entre cardos y humildes parietarias,  
De una extinguida raza de gigantes.

Cuando hiere la reja del arado  
La espalda de esta tierra, brota sangre  
De ese pueblo de mármol que en su seno  
En formas escultóricas renace.

César, los Gracos, Cicerón y Horacio  
Sacuden sus mortajas seculares,  
Y volviendo del mundo de los muertos  
Ocupan sus augustos pedestales.

Derribados, y á flor de las colinas,  
Se ven triclinios, templos y penates  
Donde el eco repite sollozando  
El grito de las águilas salvajes.

Sobre el mosaico regio que decora  
Los pavimentos de granito y jaspe,  
Se escucha con pavor en el silencio  
La sierpe de colores arrastrarse.

Aras, columnas, termas y obeliscos,  
Bronces fundidos, pórfidos y esmaltes  
¡No son más que despojos, que dispersa  
El tiempo en sus revueltas tempestades!

Así arrojó la mano del destino  
Todo el encanto de mi dicha al aire  
Cuando al través de escollos y arrecifes  
Lanzó sin rumbo, por la mar, mi nave.

Peregrino sin gloria ni fortuna,  
De región en región camino errante,  
Ya del violento Sena por la playa,  
O del Ródano azul bajo los sauces.

Y del druídico dolmen en la piedra  
O del templo, sin dios, bajo las naves,  
Escribo siempre, en cariñosos versos,  
Los dulces nombres de mis patrios lares.

Hojas de otoño son que de mi vida  
Cayendo van, al declinar la tarde,  
Para llevar mis últimas canciones  
A la sagrada tumba de mis padres!

---

II

FRAGMENTOS.

¡Allá Pompeya está! Bajo la planta  
Del monstruo aterrador, yace vencida,  
Mientras soberbio el empinado monte  
Su cimera de llamas y huracanes  
Sobre el Golfo Parténope levanta,  
Y puebla con las fraguas de su pecho  
De tinieblas y muerte el horizonte.

.....

Allá fué la ciudad. . . . Allá está ahora  
Desafiando impasible las edades,  
Náufraga mártir de la estirpe griega,  
De cuya frente disipó la aurora  
La sombra de las ígneas tempestades.

En la verde colina en que blanquea  
De adelfas y cipreses circundada,  
El aura matinal su sien orea  
Y refresca su frente desmayada.  
La mar profunda con cristal la riega,  
La playa recorriendo atronadora;  
Triste la tarde con la brisas canta  
Y triste el Sarno con sus linfas llora.

Mas ¡ay! que en vano su abatida frente  
Ciñen el mirto y la silvestre hiedra.  
Ella duerme su sueño indiferente  
En ese lecho sepulcral de piedra. . . .

Siglos y siglos la olvidó la historia;  
Y sobre el pardo y húmedo sudario  
Que borró de la tierra su memoria,  
Quién sabe cuántos nombres el silencio  
Ha cubierto de polvo y de ceniza  
A la postrera luz de un tenebrario!

.....

Los dioses se despiertan ya, vencidos  
Por el hijo de Dios en el Calvario,  
Y bajan de los muros carcomidos  
A esconderse en el campo solitario.

Cayeron de sus cipos las estatuas,  
Rodando en mil pedazos por el suelo,

Y alumbró su desastre un sol de gloria  
Desde la inmensa soledad del cielo.

Todo á la luz asoma redimido;  
Mas envuelto en penumbras y misterio,  
La muerte y el Vesubio se dividen  
El dilatado imperio  
De un campo de ciudades, que reposa  
En la solemne paz de un cementerio.

El fúnebre silencio de la historia  
Al solitario caminante arredra,  
Al ver entre ruinas y peñascos  
Sólo la sombra de la humana gloria. . . .  
¡Héroes, poetas de luciente mármol  
Y todo un pueblo convertido en piedra!

¡Montones de ceniza. . . . Todo escombros. . . .!  
¡Aras, columnas, bronces, monumentos. . . .!  
¡Es la muerta ciudad, llevada en hombros  
Por los siglos que el tiempo arremolina,  
Como la flor marchita por los vientos!

**IPANDRO ACAICO.**

(I. S. D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON.)

SONETOS

Tomados del poema "Recuerdos y Meditaciones en Miramar."

I

MIRAMAR EN 1876.

Sepulcro de doradas ilusiones,  
Terror de las modernas monarquías,  
Ostentas hoy, cual en mejores días,  
Tus muros y almenados torreones.

Corona azteca vanidoso pones  
En pórticos y vastas galerías,  
Y de México al Águila confías  
Tu regia alcoba y mágicos salones.

¿Mas dó el príncipe está, que ser y fama  
Te diera, y nombre de fatal dulzura?  
¿Dó la que fué tu luz, augusta dama?

Encubre aquél sangrienta sepultura,  
Y á la infeliz princesa, en lenta llama  
Quemando va terrífica locura.

II

EL ARCHIDUQUE.

Aquí lo conocí. Con palpitante  
Seno, en este magnífico recinto,  
Del vástago imperial de Carlos Quinto  
Por la primera vez llegué delante.

Brillaban en su traje de Almirante  
Sobre el pecho el Toisón, la espada al cinto.  
¡Que majestad! De mármol de Corinto  
Parecía su pálido semblante.

Entre sus guardias de elevada talla,  
Y áulicos gigantes, el Hapsburgo,  
Cual Ajax ó Saúl, sobresalía.

A Aquiles igualar en la batalla;  
En el consejo á Minos y á Licurgo;  
A Néstor en el trono prometía.

III

EL ORATORIO.

¡Señor! Tus juicios reverente adoro,  
Y en la desierta, lúgubre capilla  
Del solitario Alcázar, la rodilla  
Doblando humilde, por mis reyes oro.

¡Cuán otra en aquel día! Del sonoro  
Órgano, de la Europa maravilla,  
Aun oigo el eco, y á mis ojos brilla  
La cera ardiendo en los blandones de oro.

¡Con qué fervor el Ambrosiano canto  
Entonábamos todos! ¡Con qué fuego  
Dimos gracias á Dios por favor tanto!

Resto de aquella corte, solo llevo,  
Y á fúnebre salmodia mezclo el llanto  
Con que su trono ensangrentado riego.

## IV

EL 19 DE JUNIO DE 1867.

¡Desventurada raza mexicana!  
Mandar no sabe, obedecer no quiere:  
Al que aclamaba rey, voluble hiere;  
Al que hoy ensalza, abatirá mañana.

¡Victoriosa facción republicana,  
No goces, no! MAXIMILIANO muere,  
Mas en tu seno sobra quien impere  
Con despótica vara y ley tirana.

Después del que hora sacudir te plugo  
Con infanda traición, otro más grave  
Romperá tu cerviz, sangriento yugo;

Y nunca satisfecha, harás que clave  
Siempre nuevos puñales el verdugo,  
Y roja tumba á tus señores cave.

## V

¿FUE TRAICION?

De una felicidad siempre ilusoria  
Buscaba en vano México la senda;  
Yerro tras yerro, culpas sin enmienda,  
Guerra y guerra no más: tal fué su historia.

¡A cuántos elevó desde la escoria  
El torbellino de civil contienda,  
Que del gobierno al empuñar la rienda  
Sin provecho cayeron y sin gloria!

Campo, Comercio, Foro, Artes, Milicia,  
Sangre plebeya, noble, azteca, hispana,  
En el poder mostraron su impericia.

¿Y habrá de ser traidor, quien á lejana  
Región, pide EQUIDAD EN LA JUSTICIA  
Para la triste patria mexicana?

## VI

¿FUE LOCURA?

De conocida fruta la figura  
Observo aquí doquier. Más escudriña  
Mi vista, y hallo más la Índica Piña  
En cuadros, en relieve, en escultura.

Mas no concedió al Príncipe Natura  
Verla fructificar en la campiña  
Do el olivar y la fecunda viña  
Hace crecer constante Agricultura.

La planta, fruta ó flor que bajo el cielo  
Del trópico nació, pompa y fragancia  
Hallar no puede entre el austríaco hielo.

¿Y no se llamará candor de infancia  
El trasplantar al mexicano suelo  
Un Príncipe alemán y usos de Francia?

## VII

“NON TI FIDARE.”

¡Oh Príncipe! ¿Do vas? ¿Qué espesa bruma  
Engañadora tiende ante tus ojos  
Ádverso Numen? Cesen tus arrojos,  
Y torna antes que el rayo te consuma.

¡Oh, vuelve á Miramar! De Moctezuma  
El solio, que te ofrecen los antojos  
Del pérfido Francés, trono es de abrojos,  
Cáliz que guarda hiel bajo la espuma.

Odia á tu noble Casa Bonaparte.  
Aunque cetro te dona, desconfía:  
Témelo, aun hoy que protección te imparte.

¡Ay del troyano que en los griegos fia!  
Escondida hallará con púnico arte  
Bajo el manto real, la sogá impía.

## VIII

CARLOTA EN VERACRUZ.

No es esta playa de abrasada arena  
La que en mis sueños ví, tierra encantada;  
Ni encuentro en esta atmósfera pesada  
La brisa que esperé, de aromas llena.

Cual doble funeral, lánguida suena  
Solitaria campana. El gozo nada  
Manifiesta en la calle despoblada.....  
¡No reveléis, oh lágrimas, mi pena!

¿Do las turbas están al trono fleles?  
¿Do las aclamaciones y el ruido,  
Los arcos de triunfo y los laureles?

¡Ay! ¿Por qué abandoné mi patrio nido?  
¡Ambición de reinar! ¿A dó me impeles?  
¡Usurpador Francés! ¿Dó me has traído?

## IX

APOLOGIA.

Borró con el martirio el gran Cipriano  
Sus cartas al Pastor de los Pastores;  
Del santo Hermenegildo los ardores  
Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano  
Patíbulo, lavó yerros y amores;  
Y con sangriento velo sus errores  
Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?  
¿Quién, si mi incienso en los altares arde  
Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde  
Al regio Mártir! Ya nada lo empaña.  
¿Quién su memoria insultará cobarde?